

El corazón de Juanito

María Eulalia Castillo Sánchez

Todos dormíamos ya, después de largas horas de juego en la playa, el sol, la arena y el agua que jugaban a nuestros pies, sentíamos cosquillitas de colores y espuma de soles especialmente cuando se formaban grandes olas. Un gran espectáculo poder sentirlo. Arriba, el cielo rojo, muy rojo, parecía como si se quemara. Estrellas fugaces rodeaban la noche.

¿Sería la última?

¿Soñábamos o estábamos despiertos?

No podíamos distinguir. Era una ilusión, hermosa.

Jugábamos siempre. Clarita y Florencia eran mis amigas, unas niñas de trenzas largas y labios rosados, un poco cachetonas para mi gusto. Ellas me llamaban Juancho, porque decían que era muy cómico y se acordaban de los sobrenombres que les ponía a casi todos los vecinos que llamaban mi atención. Había un nombre que siempre recordaban, Caliche le decían a Pedrito, ya que siempre mascaba chicle y hacía grandes travesuras, de esas que explotan en la cara.

También estaba Renato, el que rompía las olas y nadaba según él, en el fondo del mar. Nos decía que hablaba con peces tiburón y estrellas del mar. Y que le contaban secretos. Secretos del mar. Creo que se los inventaba para llamar nuestra atención.

Yo era el capitán, el líder, y ese día nos despedimos, con la esperanza de seguir jugando al día siguiente. Jugar por las mañanas se convirtió en la actividad más importante de nuestras vacaciones. Un verano feliz.

Dormíamos...

Juanito, tenía un amigo y cuando se sentía solo conversaba con él, se llamaba "Guacho", porque latía muy fuerte. Sí, su corazón. Siempre charlaban, a veces murmuraban y le llamaba siempre cuando se sentía solo. Nadie sabía el secreto. Pensaba que no lo comprenderían. Sentía como su corazón latía fuerte, especialmente cuando alguna ola le tumbaba, o su amiga se enojaba. Se salía del pecho. Literal. Y lo percibía muy dentro de sí. En silencio absoluto.

Esa noche...

Esa noche, fue diferente, trágica y dolorosa.

Cuando despertó si se podría decir así, se encontró solo. Apenas, respirar podía. Su casa estaba entre escombros. Desolada.

Llamó. Gritó. Pero sus padres no contestaban. Se percibía un olor a miedo, su corazón empezó a latir muy fuerte. Parecía que quería huir.

¿Dónde estaban?

¿Qué pasó con su casa? ¿Tembló la Tierra?

Fue como una pesadilla, un sueño del que quería despertar. Allí en el piso, solo, con mucho miedo, empezó a llorar. Ese momento necesita alas para volar. Escapar.

Sí, sí...

Tembló la Tierra. Y muy fuerte.

Juanito, devastado porque nadie acudía a su llamado, buscó desesperadamente a su amigo, el único, el que no le abandonaba, ni en los peores momentos. Su corazón.

Estaba vivo y lo sentía.



— ¿Dónde estás? Le llamaba...
— ¿Por qué no me hablas? ¿Estás asustado? No te oigo. ¿Qué pasó? Conversemos.
— Murmuraba y lloraba en silencio, Juanito.
— ¿Qué no entiendes? Que mi vida es tuya. Que estoy contigo. No tengas miedo.
— Le dijo al oído el corazón.
— ¿Cómo? —respondió.
— Vivo y viviré, de tu sonrisa, de tu alegría, tus penas, de los latidos que suenan cada día. De eso, que se llama vida. Y hoy, lo estás. Estamos.

— ¿Sabes? Le empezó a contar.
La Tierra se asustó. No sé de qué, pero se movió. Creo que se despertó de un gran sueño, o la hicieron despertar. Pero lo más importante es que ya se durmió.
Creo que le dolía la pancita y eso la hizo retorcer, se quejó mucho. Pero ya pasó.
Ella descansa, tranquila otra vez. Duerme como un lirón.
Conversaron tanto en un minuto, que parecía una eternidad.

Pero, y mis amigas, mis juegos, el mar, las olas, todo. Qué pasará con eso.

¿Mi familia?

Se sintió un largo silencio, por un rato parecía que el corazón también lloraba.

— Me escuchas. Guachito ¿Estás aquí?

— Siempre estaré contigo, ¿sabes? Las mejores cosas de la vida, no se ven, se sienten con el corazón. Entonces, vamos a sentirlo.

¿Empezamos?

— ¡Sííí! ¡Listo, siempre listo! — respondió.

— ¿Sientes mis manos cuando te abrazo? ¿Ese calorcito?

Siéntelo —le dijo el corazón—. Cada latido, ríe contigo. Así que, también, vamos a reír. Reír, por ejemplo, del sapito gordinflón que no quiere enflaquecer, o de la hormiga atómica, que se enamoró, anda en la luna la pobrecita, es que es muy romántica, se la ve genial, pasa la tarde



dibujando corazones en el aire, y enviando besitos de chocolate —y así continuó. Lo calmó. Un poco, pero lo hizo, dejó de llorar.

— Soy tu corazón, y estamos con vida. Una vida llena de paz, silencio, calma y sonrisas, esas cosas, que no se ven, pero se sienten. Recuérdalo. Siempre. Concluyó.

¿Una vida eterna?

— Sí.

— Eterna.

Rieron y rieron sin parar. Juancho y Guachito. Contaban que sus latidos retumbaban en las calles, cuando alguien sonreía. Se escuchaba en el eco de las voces y en el vaivén de las olas. La Tierra suspiraba, estaba más tranquila, comprendió que si la mimaban descansaría en paz. Se abrazaron en la eternidad. La tierra, Juanito y su corazón.